

miro del Collado, *Jesús, Vehemencia*; Alfredo Chavero, *Oda al Dante*; Antonio Domínguez, *La casa de amor*; Esteban González Verástegui, *La coqueta y la abeja, La tertulia de los animales*, apólogos escritos con mucho ingenio y gracia; Ricardo Ituarte, *El León* y una traducción de *El lago*, de Lamartine; Martín Jáuregui, *Mi corazón y mi alma, A Victor Hugo en la muerte de su hijo*; Ignacio Mariscal, *El cuervo*, de Edgar A. Poe, traducción de muchísimo mérito por lo castizo del lenguaje, por lo fácil de la versificación y por la exactitud con que conserva las ideas y aun los giros propios del original: Juan A. Mateos, *La flor del jazmín, Rosas hermanas*; Ignacio Montes de Oca, *Niobe, y La fiebre á bordo*, sonetos espléndidamente bellos, dignos de poeta tan egregio; Julián Montiel, *El Salto de San Antón en Cuernavaca, Recuerdos de la Niñez*; Manuel Olaguíbel, *Mi tumba, Glosa de una copla de Jorge Manrique*; Guillermo Prieto, *En su jardín. Un baile*; José Rosas, el dulce y amable amigo de los niños, *En la tumba de Juan Valle, Moisés en el Nilo, A Elisa*; Alfredo Torroella, *La balada de los desterrados*; Francisco Villalobos, *El amor muerto*; Juan Clemente Zenea, *En el mar, y Degradación*; Ignacio Cornejo, sus muy curiosas *Efemérides mexicanas*; Emilio Rey, su novela *Amor de Angel*, y otros varios con diversas recomendables composiciones.

Los dos tomos de *El Renacimiento* están ilustrados con buenas estampas litográficas representando *Antigüedades de Jonuta*; las *Cascadas de Tivoli*; *Heidelberg* y su *Gran Tonel*; la *Cascada de Tizapam*; el *Puente de Santa Cruz* en el ramal férreo de Puebla; *Jalapa*; la *Cascada de Regla*; el desastre ocurrido el 17 de Junio en la línea del Ferrocarril de Veracruz, en el punto llamado la *Barranca del Muerto*; el *Puente de Metlac*; el desastre á su turno acontecido en el Ferrocarril de Tlápam, llamado por sus frecuentes descarrilamientos y por lo mucho que de él hacía hablar, *La Burra de Balaam*, apenas trascurrido un mes de la catástrofe de la *Barranca del Muerto*; el *Volcán de Colima* en erupción; un cenador del Tivoli de San Cosme, llamado *El Robinsón*; *Cuernavaca*; retratos de *Carlos Dickens, Vidal Alcocer*, ilustre propagador de la instrucción pública y fundador de las escuelas de la Sociedad de Beneficencia; *Manuel López Cotilla*, apóstol jalisciense de la civilización; *Fernando Orozco*, distinguido autor de la bellísima novela *Guerra de Treinta años*; *Rafael Roa Bárcena*, autor de notables obras de abogacía y de las amenas *Cartas á Josefina*, vulgarizando los fenómenos y bellezas físicas, los secretos de artes y mecánica y los preceptos de la más sana moral; *Hernán Cortés*; *Melesio Morales*; *Lamartine*; *Carolina Civili*; *Castelar*; *Florencio M. del Castillo*, immortalizado por sus bellísimas leyendas *El cerebro y el corazón, La Corona de Azucenas, Hasta el cielo y La Hermana de los Angeles*, que le han valido el ser llamado el Balzac de México.

En el mismo periódico literario publicó Justo Sierra su novela *El*

Angel del Porvenir, que no se encuentra en ninguno de los dos tomos por haberse impreso en pliegos separados para facilitar su encuadernación independiente, y el Maestro Ignacio Altamirano dió también allí al público su interesante novela *Clemencia* que, como vulgarmente se dice, cierra con broche de oro aquel importantísimo semanario de literatura, al que unieron sus nombres, por sus esfuerzos y empeño en sostenerle, los entendidos editores mexicanos Díaz de León y White.

La última lámina litográfica del *Renacimiento*, dió el retrato del insigne escritor y periodista D. Francisco Zarco, muerto en México á las 6 y media de la mañana del 22 de Diciembre de 1869, con duelo general, unánime, de cuantos en él admiraron al verdadero patriota, al sincero liberal, al incomparable periodista y al distinguidísimo literato.

Sin duda podrán producirse mejores semanarios de literatura que *El Renacimiento*, cuando México cuente con mejores hombres de letras que los fundadores y mantenedores de aquél; pero hasta hoy ninguno le ha superado, ni en la cantidad de firmas distinguidas, ni en la calidad de los escritos, casi en su totalidad esencialmente nacionales y suscritos por hombres de todos los campos políticos, desde aquel que produce obispos, hasta aquel en que han desplegado su fanatismo liberal, no menos dañoso que el retrógrado, los libre-pensadores.

El Renacimiento fué un verdaderamente neutral palenque en que desplegaron sus opuestas divisas y sus contrarios colores, los paladines de todas las comuniones políticas y religiosas, para retirarse, una vez terminadas las justas, todos amigos y todos satisfechos de haber, en la medida de sus fuerzas, fomentado la literatura y hecho honor á la patria.

CAPITULO VIII

1870.

Al dar principio el año de 1870, trabajaban con varia fortuna, en el Teatro Hidalgo, una modestísima Compañía Dramática; en el de Iturbide la de Juan Martínez, Felipe Ríos y Sofia Calderón, hija del ilustre poeta autor de *El Torneo*; en el Circo Chiarini, los acróbatas dirigidos por José Camilo Rodríguez y los hermanos Buyslai, y en el Nacional, el muy estimable cuadro de Eduardo González. Todos ellos

anunciaban al final de sus funciones el celeberrimo *Can-cán*, para cuya exhibición el último director empresario citado, hizo disponer una vistosa decoración que llamaba *gran salón Mabilie*, y era el término obligado de casi todas las funciones, aun las de *magia* en las tardes, concurridas casi exclusivamente por niños. Con este motivo, *El Siglo Diez y Nueve* decía con justicia: "Cuando el público se componga de gente entrada en años, pase el *Can-cán*; pero cuando se componga, como el domingo, de inocentes criaturas, ¿para qué enseñarles todas esas cabriolas deshonestas que se graban en su imaginación? La Torreblanca y Tranquilino están haciendo tales modificaciones y *florituri* al dichoso baile de Mabilie, que no lo conocería ni la misma Rigolboche; esos saltos de conejo, ese blandir de piernas sobre el hombre inclinado, ni es gracioso, ni es para la escena del Teatro Nacional."

Inconducente encuentro abusar de mis lectores y de la abundancia de datos, copiando aquí los títulos de todas las obras que se ponían en escena por el cuadro de Eduardo González, y por lo mismo, sólo haré cita de las que ofrezcan alguna causa especial para ello. En 16 de Enero se estrenó la comedia de Larra, *Flores y perlas*, que pareció soporíficamente fastidiosa, y el 18, un drama de Victoriano Sardou, traducido por D. Patricio de la Escosura, con el título de *Los solterones*. La obra gustó á las gentes de letras, pero no al público en general, á pesar de su buen desempeño por González, que caracterizó el *Don Carlos* con despejo y seguridad; por Muñoz, que estuvo magnífico en el tipo del barón reumático, miope y cínico; por la Belaval y por la Servín, esta última notable en su papel de ingenua. En compensación del éxito mediano de *Los solterones*, la comedia de Eguilaz ya cien veces repetida, *Los soldados de plomo*, no gustó á las gentes de letras, pero sí fué muy aplaudida por el público en general.

Buscando novedades que acreciesen sus entradas, que no eran muchas porque los negocios públicos andaban mal y dinero faltaba al gobierno para pagar tropas que lo defendiesen, y tenía á los empleados á la cuarta pregunta, el activo Eduardo González ideó introducir en México las *Revistas* de espectáculos, tan usuales en Europa, y mandó construir trastos y trajes muy vistosos, y encomendó al excelente escenógrafo italiano Fontana, de paso en México, le pintase una muy bella decoración para el cuadro final de la nueva pieza. Listo ya todo, el pronunciamiento del Coronel Aguirre, iniciado el 15 de Diciembre anterior en San Luis, secundado por el Gral. Martínez y fortalecido con la adhesión del Gobernador y de la Legislatura de Zacatecas, se ramificó en los Estados de México, Hidalgo y Morelos, y de unos ó de otros, fué pasando á los de Puebla, Veracruz y Jalisco. Por cierto que con motivo de un pronunciamiento que hubo en Orizaba, pereció el distinguido é ilustrado joven escritor Joaquín Arró-

niz muerto á consecuencia de un balazo que recibió estando en la Secretaría del Ayuntamiento, que tenía á su cargo, disparado á lo que se presume, desde la torre de la Iglesia parroquial. Arróniz fué autor de una notabilísima Historia de Orizaba y de un buen Compendio de Geografía, entre otros muchos trabajos que acreditaron su ciencia y su buen gusto literario. No quiero escribir historia y menos la contemporánea, y no tengo por qué referir cómo el Gobierno de D. Benito Juárez vino al fin á triunfar de aquella revolución, que desplegó imponentes y formidables elementos.

Pero mientras los Grales. Escobedo, Rocha y Riva Palacio obtenían esas victorias, en México se puso todo malo, el Gobierno creyó conveniente restringir algunas libertades, y el temor de incurrir en alguna pena, por causa de las muchas alusiones políticas que la pieza teatral contenía, hizo al director empresario pensar en suspender su estreno y representaciones. Pero los gastos habían sido relativamente fuertes, y el retardo hacía perder su oportunidad á la *Revista*, razones por las cuales se resolvió ponerla en escena, con multitud de cortes y mutilaciones aconsejadas por la prudencia; á pesar de esto, el maestro Melesio Morales, que fué el autor de los números de música, no se atrevió á darles su nombre. Con tales precedentes, la *Revista de 1869*, se estrenó en la noche del domingo 30 de Enero de 1870.

De ella dijo Altamirano, en su Crónica de la Semana, publicada en *El Siglo*: "El Gran Teatro Nacional presentó el domingo pasado, una novedad que no tuvo más objeto que divertir. Tal es la *Revista de 1869*. En Madrid los caprichos dramáticos de esta especie son ya muy conocidos, y jamás acaba un año sin que tres ó cuatro *Revistas*, á cual más satírica é ingeniosa, se pongan en escena. La *Revista* es verdaderamente una ligera sátira, y á veces una simple descripción de los sucesos que han tenido lugar ó se han desarrollado con más fuerza en el año respectivo; de modo que este capricho es uno de tantos trajes que reviste en nuestra época la sátira política y moral, que humilde apólogo allá en los antiguos tiempos y bajo el régimen de la tiranía y de la ignorancia, hoy invade la escena teatral, así como el periodismo, y aprovecha todos los elementos de publicidad. Hará mal y no dará pruebas de discreción, quien busque en un capricho dramático como el de que hablo, el asunto y la forma de una comedia ó de un drama; perdería *su latin* quien se pusiera á buscar defectos en una obra que, por su naturaleza, no tiene pretensiones. Una *Revista* es un pasatiempo de un día, que ni se hace con el objeto de buscar la inmortalidad, ni sirve para otra cosa que para soltar tres ó cuatro pullas al galope, por decirlo así.

"La que se puso en escena en el Teatro Nacional, es obra de Enríque de Olavarría. El público la aplaudió bastante, porque en efecto,

es ingeniosa, picante, sin ser grosera, y está escrita en deliciosos versos. La situación especial de Enrique en México, es decir, su calidad de extranjero y el ser uno de los pocos que profesan un cariño profundo á la patria que les recibe, fueron obstáculos, como era muy natural, para que el poeta pudiera hacer una sátira verdaderamente punzante, que hubiera *hecho furor* en nuestro público. Enrique es tan tímido á ese respecto, y desea evitar de tal modo aun el más ligero ataque á nuestra susceptibilidad, que no quiso conservar en su *Revista* ni aun algunas pequeñas alusiones á la política, que pudieran haberse interpretado malignamente. Como quiera que sea, Olavarría ha sido el primero en presentar este juguete teatral en nuestra escena. Ya vendrán otros que puedan y sepan dar un latigazo en cada palabra, y lograr, como Aristófanes, levantar una picota en la escena para los vicios de los contemporáneos y para las necesidades de los compatriotas.

“Notamos que la música que se compuso para la *Revista*, es algo seria y demasiado científica para un juguete semejante. Sin embargo, sería injusto omitir el debido elogio que merecen algunas piezas, como la obertura, el coro de *las jeringas* ó las contribuciones, y la canción de la *polla*.” En las subsiguientes repeticiones, la segunda de las piezas citadas, llegó á adquirir cierta popularidad, y aun se hizo necesario imprimirla, arreglada para piano.

El mes de Febrero de ese año de 1870 fué terriblemente funesto para nuestros teatros: el día 16, miércoles, á las 6 de la mañana, falleció en el departamento exterior que en el edificio del Teatro de Iturbide le servía de habitación, el ilustre y benemérito D. Francisco Arbeu, el carácter más emprendedor, laborioso y perseverante de que ofrecen ejemplo nuestros fastos teatrales. Guatemalteco de origen y venido muy joven á México, fué aquí universalmente querido y respetado por su clara inteligencia, su fina educación, proverbial honradez y generosos sentimientos, que siempre le hicieron posponer su interés personal al de sus conciudadanos por adopción. Él proyectó y construyó los teatros Nacional y de Iturbide y la línea del ferrocarril de México á Tlalpam, y después de haber hecho varias fortunas ajenas, sacrificando en ello su capital, su tiempo y su salud, vino á morir decepcionado y pobre, legando por todo patrimonio á su virtuosa familia la honra inmaculada de su nombre. “El Sr. Arbeu, decía Altamirano, hubiera sido por su carácter, por sus trabajos y por su constancia, notable en cualquier país, pero lo fué mucho más en el nuestro, en que el don de iniciativa, el espíritu de empresa y la virtud de la perseverancia en los propósitos, son de una rareza que espanta.” Los restos del venerable anciano fueron conducidos á San Fernando á las 9 de la mañana del jueves 17 de Febrero, acompañando al fúnebre convoy una numerosa comitiva de amigos y ad-

miradores de la virtud. D. Francisco Arbeu tenía al morir setenta y cuatro años de edad.

El mismo día, miércoles 16, en que falleció Arbeu, la muerte, que, según la bellísima frase del Maestro, es una noche que no siempre se anuncia con crepúsculo, hirió de un modo súbito, inesperado, la vida de otro ilustre campeón del arte, cuyos lauros sólo han tenido competidor en otro adalid como él ilustre, en el inolvidable Antonio Castro.

Preparábase la función á beneficio de Eduardo González, que debía estrenar una magnífica traducción que el Dr. Manuel Peredo había hecho del drama en cinco actos intitulado *El Duelo*, original de Paolo Ferrari, escritor italiano nacido en Módena el 5 de Abril de 1822 y uno de los mejores autores dramáticos contemporáneos, perspicaz observador, notable por la viveza y animación de sus diálogos y por lo bien llevado de sus caracteres que trataba á la manera de Goldoni, si bien abundan en sus dramas situaciones exageradas y fuera de la verdad. La traducción hecha por el Dr. Peredo era, repito, inmejorable, y por esto y por la belleza del original, el distinguido actor Eduardo González habíale dedicado particular estudio, y con él toda su Compañía. El beneficio estaba anunciado para la noche del jueves 17, y el beneficiado, y sus compañeros y sus amigos, se prometían el más ruidoso éxito en vista de lo perfecto que resultó el ensayo en el medio día del miércoles. Para pulirle más aún, el director citó á otro nuevo ensayo, que, con carácter de general, se verificaría á las 7 de la noche en presencia de varios periodistas y literatos.

A la hora de la cita actores é invitados fueron llegando con el apresuramiento de la curiosidad, y sólo faltaba Merced Morales encargado del papel de *Mario Amari*, uno de los más interesantes y difíciles de la obra, tan bien comprendido por el actor mexicano, que cuantos presenciado habían los ensayos, aseguraban que él sería la mejor creación del experto artista. Pronto explicó su falta la noticia de que, hallándose Merced Morales en una visita, como á las seis de la tarde, repentinamente se sintió ahogarse, púsose en pie y cayó desplomado: según unas opiniones, el actor había sufrido un ataque de apoplejía fulminante; según otras, habíasele roto un vaso del corazón. El hecho es que Morales, bañado en sangre, era un cadáver.

El insigne actor, que había con su talento mantenido en perpetuos verdor y lozanía los laureles del arte mexicano sembrados por Antonio Castro, vivía de mucho tiempo atrás en la más absoluta pobreza, y sólo Dios sabe cuántos sacrificios le costaba el mantenerse á sí mismo, y el mantener á su esposa y á sus hijos.

En cierta ocasión, en que el Maestro Altamirano, como cronista

de *El Siglo*, le reprochó alguna distracción en la escena, Morales buscó al severo censor y le reveló que en esa noche se había presentado en las tablas *sin haber probado alimento alguno en el día*. Así lo refiere Altamirano y añade: "La miseria tiene su pudor, me dijo, y yo no puedo contar esto á todo el mundo; pero al amigo íntimo, al hermano del artista, sí puedo revelárselo como un desahogo y no como una queja. Así me pasa."

Eduardo González que lo sabía bien, pues él no andaba mejor, atendió á todo con fraternal solicitud; empezó por trasladar el cadáver á la casa de la afligida familia, auxilió á ésta en cuanto pudo, y abrió en el acto una suscripción para cubrir los gastos del entierro, que con la más imponente solemnidad se verificó el jueves 17. El Comandante general del Distrito, Gral. D. Alejandro García, envió una música militar para que acompañase el cadáver: la Sociedad de Beneficencia mandó una comisión de alumnos de la casa de San Gregorio; muchas personas pertenecientes á los mejores círculos formaron parte de la comitiva ó enviaron sus carruajes, y un gran número de artesanos y gentes de la clase pobre aumentó el acompañamiento de los actores y literatos que llevaban á San Fernando los restos del artista.

En el panteón de San Fernando y antes de darles sepultura, se pronunciaron discursos y se recitaron poesías por diversas personas, siendo el primero en hablar el Maestro Altamirano, que produjo uno de esos admirables discursos que tan justamente han hecho se le estime como uno de los más ilustres oradores mexicanos. Justo Sierra leyó después así:

"El rayo que aquí vierte el sol del Arte,
es la gota de oro desprendida
del puro lacrimario de la gloria,
blanca aureola de luz entretejida
á una gasa mortuoria;
es la inmensa diadema con que un pueblo
de un muerto rey coronará la frente,
mientras el corazón adolorido
contempla tristemente
la huella del amigo que ha perdido.

"Era un águila ayer. Su voz vibraba
como cuerda de bronce
del drama excelso en la gigante lira,
y su noble talento arrebatava
un vitor á los pechos mexicanos,
vitor inmenso que al pasar dejaba
una hoja de laurel entre sus manos.

"Y el corazón sangrando, y con el pecho
destrozado por íntimos dolores,
el regio atleta convertir sabía
en risa su dolor, su llanto en flores;
y á la gloria esas flores ofrecía,
y sacudiendo altivo su cadena,
con su sangre de mártir esculpía
su nombre sobre el mármol de la escena.

"Ese nombre allí está y aquí su tumba....
El poder implacable de la muerte
ayer lo arrebató, pero la suerte
que se lleva un cadáver, deja un lauro
en su luctuosa y fúnebre carrera,
como el *simoun* que arroja en el desierto
una semilla, y en su paso incierto
se levanta altanera,
inmensa flor del viento, la palmera.

"Queda en paz nuestro hermano, nuestro amigo,
á quien Dios del pesar ha libertado;
de hoy en más, tu recuerdo consagrado
por el dolor del pueblo, será eterno
fanal de luz del templo de la gloria....

"Descansa: tu memoria
guardamos del recuerdo entre las flores.
Como un girón del iris de los cielos
la bandera de México reclina
su mágica guirnalda de colores
sobre su cuerpo frío... y entretanto,
queda sobre los paños funerales,
al par de nuestro llanto,
una eterna corona de inmortales."

¡Feliz, después de todo, el muerto que es llorado en versos tan magníficos, y honrado con tan grandiosos pensamientos como los que forman esa hermosa improvisación del eminente poeta Justo Sierra!

Hablaron después Gustavo Baz, Alfredo Torroella, Eduardo González y algún otro de mucho menores méritos, y la losa funeral cubrió aquel cuerpo de un eminente artista y de un hombre inmejorable. ¡Cuán grato es aún su recuerdo á mi memoria que no flaquea jamás para los seres de mi cariño!

Suspendida, con motivo del fallecimiento de Arben y de Morales, la función á beneficio de Eduardo González, anunciada para el 17, se dió en la noche del viernes 18, logrando justos aplausos el simpático

artista español, el drama de Paolo Ferrari y su distinguido traductor Manuel Peredo. Después dió su función de gracia Pilar Belaval con la comedia *Miss Susana* y la suya Antonio Muñoz con *El primo y el relicario*. Estas funciones, y la espantosa caída que Adolfo Buyslai, el popular gimnasta, se dió el domingo 27 de Febrero en la Plaza de Toros del Paseo al ascender, cogido de un trapecio suspendido á guisa de canastilla en un globo aerostático, fueron las novedades únicas dignas de mención en la temporada anterior á la Cuaresma.

Por esos días se supo con regocijo en México, que la distinguidísima artista Angela Peralta había con gran éxito presentándose al público madrileño en el Teatro de la Zarzuela, sito en la calle de Jovelanos, con la protagonista de la ópera *Lucia*, que tan maravillosamente cantaba. Esa presentación la hizo en la noche del 15 de Diciembre de 1869, secundada por el tenor Campanini, el baritono Lenggi y el bajo Marconi, todos muy inferiores á ella. El éxito artístico de Angela fué esplendísimo, y toda la prensa periodística de la Capital de la entonces República Española, la calificó de prodigiosa cantante y la celebró al igual de las famosas artistas allí tan queridas, la Penco y la Patti. Los aplausos obtenidos en *Lucia*, *Sonámbula* y *El Barbero*, le valieron ser contratada por el empresario Robles para dar algunas funciones en el Gran Teatro de la Plaza de Oriente, en el que se presentó con *Lucia* en la noche del 12 de Marzo de 1870 con los eminentísimos Tamberlick y Squarcia. Cantó después *Los Puritanos* en la noche del 26, y con una repetición de esta gran ópera de Bellini, se despidió del público madrileño. "Nunca hemos oído cantar con tanta animación y brillantez á tan notable artista:—dijo un periódico de la villa—cantó magistralmente la *polaca*; en el *rondó* hizo prodigios de agilidad, y el público la colmó de aplausos, arrojó á la escena infinitos ramos de flores y la hizo salir cuatro veces á recibir las entusiastas aclamaciones de la sala entera. En el *duetto* final con Tamberlick estuvo la Peralta inimitable en expresión y recibió infinitas demostraciones del aprecio y cariño con que se le ha premiado lo mucho que ha sabido elevarse en *Lucia*, *Sonámbula* y *Puritanos*. Deseamos feliz viaje á tan distinguida artista."

Reanudemos nuestra narración. El jueves 10 de Marzo, y á los doce días de recibido el espantoso golpe en la Plaza del Paseo, falleció el simpático gimnasta Adolfo Buyslai: la sociedad mexicana y las colonias extranjeras acudieron en auxilio de la familia, engrosando una suscripción abierta en su favor. También hicieron lo mismo una y otras con la de Merced Morales, contribuyendo á ésta D. Benito Juárez, Presidente de la República, con un fuerte donativo, acompañado de una bondadosa esquela. Eduardo González tuvo el gusto de que su activa propaganda en favor de la esposa é hijos del artista su compañero, diese notables provechos, y, para acrecerlos, dispuso

una gran función que se verificó el jueves 17 del citado Marzo en el Teatro Nacional.

Todas las localidades se vieron ocupadas por lo muy escogido de la sociedad mexicana, á la cual el actor español ofreció el estreno del drama nuevo y original de Justo Sierra, intitulado *Piedad*, cuya acción comienza en México, y, sin interrumpir la unidad de tiempo, se desenlaza rápidamente en Tacubaya. La obra, no exenta de defectos, pero sembrada de bellezas de primer orden, gustó mucho y fué muy aplaudida, especialmente en su segundo acto, que es magnífico, y por lo fuerte y terrible de sus situaciones casi toca en lo trágico. El público acogió el drama con entusiasmo y llamó al autor al palco escénico, colmándolo de aplausos: la ejecución fué excelente por González y la Belaval; la Servín tuvo arranques de consumada actriz; la Mayora, Muñoz, Mata y Rodríguez trabajaron muy bien.

Al estreno de la *Piedad*, de Justo Sierra, siguió la apoteosis de Merced Morales, cuyo retrato fué presentado en una especie de altar que rodeaban todos los miembros de la compañía González, y otros muchos que, sin pertenecer á ella, quisieron rendir tributo de cariño al infortunado artista, como por ejemplo, María Cañete, su compañera en campañas de muchos años; Ana Cejudo, Concha Méndez y Joaquín Ruiz. Después de una pieza de Planas ejecutada por la orquesta, Eduardo González recitó unas hermosas quintillas del Sr. D. Sebastián de Mobellán; Ana Cejudo leyó unas octavas; el poeta Emilio Rey una inspirada oda compuesta por él; otra muy tierna y sentida el Sr. D. Ignacio Tenorio Suárez; María de Jesús Servín dijo unos versos de Justo Sierra: Manuel Acuña, que de poco tiempo atrás había empezado á llamar la atención con algunas composiciones de una extraordinaria entonación varonil, leyó á su vez una oda pronunciadamente materialista; le siguió el joven Santa María, y cerró las lecturas el simpático y distinguido poeta cubano Alfredo Torroella con unas quintillas, aplaudidas con frenesí, que decían:

"¿A quién lloráis? ¿A un actor?

Cantarle será mejor,
pues salva abismos de penas
el que rompe las cadenas
de este mundo engañoso.

"De la gloria la conquista
no se alcanza en la materia
de sociedad egoísta,
que da por trono al artista
el jergón de la miseria.

"Nadie calma su quebranto,
nadie atiende á su vigilia,